

EL barco silbó, en medio de la noche, con el dramático acento con que silban todos los barcos en la noche. Yo corrí hacia el balcón queriendo traspasar, con mis pupilas, la distancia. Abajo, en el arroyo, el negro Joaquín gritó: “¡qué demonios le pasa a éste!”, mientras a mi espalda, mi padre, opinó: “es tarde ahora para entrar; el puerto está cerrado. Será hasta mañana cuando veremos al abuelo”. Catalina no respondió y continuó allí, tejiendo arabescos, con las agujas de metal que iban y venían, de un sitio a otro, movidas por sus dedos incansables. Mi padre se asomó al balcón, se acodó a mi lado y olfateó el enrarecido aire de la noche. Y le oí decir, en voz baja, un “no me gusta esta cargada atmósfera de hoy”, con un inexplicable sobresalto en mi corazón. Luego, otra vez, el barco silbó y, otra vez, la voz del negro Joaquín llegó a mis oídos con sus mismos demonios de siempre. Mi padre movió la cabeza como dominado por súbita preocupación y Catalina, desde el sitio en que tejía, protestó: “parece que ese endiablado Joaquín sólo sabe hablar del demonio”. Yo pensé en el abuelo que allá, en el barco, esperaría desesperado, porque nunca había sabido esperar, el despuntar de la aurora.

Del abuelo me acordaba con frecuencia, aunque sus perfiles físicos perdidos entre las mil imágenes de mi fantasía, se me borraron del recuerdo. Pero sus relatos, como sus sentencias, persistían en las células más escondidas de mi ser tan vivas y resplandecientes como si acabaran de nacer. De él había aprendido todos los nombres marinos, desde el de Simbad hasta el de Tritón, y todos los refranes populares que harían, con los años, no pocas de las reglas de mi vida como el “haz bien y no mires a quien” y el “no hagas mal ni dejes que te lo hagan”: todo un arsenal de normas prácticas que fundarían la sentenciosa moral de mi existencia. Pero recordar cómo era físicamente, ni qué. Catalina hablaba de él con admiración, como de un trotamundos inadaptado en el pequeño universo de las murmuraciones, de las intrigas y de las palabras divorciadas, en los convencionalismos sociales, de los hechos. Y afirmaba, que como la piedra movediza, el abuelo no crearía jamás moho.

Mi padre me sugirió que me echara a dormir y que esperara, la

EL ABUELO

Por José MANCISIDOR

Fragmento del relato
Se llamaba Catalina
que aparecerá próximamente
en la colección
Los presentes

luz del alba, para ir a recibir al abuelo. Catalina prefirió esperar, en vela, el anuncio de la aurora. Abajo, el negro Joaquín, había callado definitivamente. El mar, a lo lejos, era una densa masa oscura. Mi padre tornó a mover la cabeza con aire de preocupación y se le escapó un “no me gusta” que yo no supe, de pronto, a qué atribuir. De



Dibujo de Vicente Rojo

súbito, como para justificar sus palabras, un rayo rasgó el cielo. Un retumbo imponente pasó sobre nuestras cabezas y el silbido del viento, antes tan en calma, restalló contra nuestros semblantes. Mi padre miró de reojo a Catalina y ésta puso atención, dando de lado a su tejido, al largo aullido del barco que ahora, más dramático que antes, venía del mar.

Abajo, otra vez, el negro Joaquín, tornó a sus desvaríos que Catalina, a nuestro lado ya, oyó sin protestar. El huracán estalló inesperadamente. El mar se hizo una mole gigantesca que se levantaba y caía produciendo un ruido ensordecedor. Catalina dijo "¡Jesús!", y desapareció del balcón que se cimbrió, como una débil rama, sacudida por el vendaval. Mi padre y yo la seguimos y reforzamos, con trancas de hierro, las puertas y ventanas que crujían y se azotaban con estrépito ensordecedor. Ya adentro, acostado, pensé en el abuelo. ¿Qué haría allí, en el barco que silbaba y silbaba como si no hubiera silbado nunca? La veladora que alumbraba aquel terrible ojo de la Divina Providencia chisporroteó breves instantes y dejó al fin sumida la recámara en impenetrable tiniebla. Mi padre encendió la lámpara de petróleo y Catalina renovó la mecha de la veladora, que dió a su rostro un extraño resplandor. Fué en ese preciso momento cuando descubrí su miedo, su miedo y su ansiedad. Quizá, mi padre lo descubrió también, porque le dijo con una voz viril y suave: "no temas, no es nada. Otras peores habrá pasado el abuelo".

El abuelo era, yo no lo olvidaba, un viejo lobo de mar. ¿Por qué había de temer ahora a ese huracán inesperado que trastornaba toda nuestra alegría? Pero al oír el chisporrotear de la veladora y descubrir aquel odiado ojo que me seguía y me seguía a todas partes, temblé. Temblé no sé por qué. Mi padre repitió su "no es nada", aunque, en esta ocasión, parecía afirmar todo lo contrario. Catalina, que lo conocía bien, alzó los ojos y lo miró, angustiada, con fijeza. El, haciendo un esfuerzo, insistió en aquel "no es nada" que fué desmentido, inmediatamente, por el ímpetu del huracán que amenazaba derrumbar la casa y el aullido del barco que pasó, por encima de la

ciudad, tan lentamente como si en realidad se hubiera quedado prendido entre sus calles.

Abajo, nuevamente, los demonios del negro Joaquín renacieron implacables y, tan rotundos, que trascendían bajo las descargas de la tempestad y el aullar del viento. Pero algo tenían, ahora, que Catalina no los rechazaba, sino que, todo lo contrario, pugnaba por oírlos y entender, lo que entre ellos, el negro Joaquín decía. Porque algo sucedía allá abajo que no era lo acostumbrado y un ajetreo, como de colmena, subía hasta nosotros. Mi padre no quiso disimular más y dijo: "voy a ver qué pasa", mientras Catalina, acercándose a mí, parecía protegerme y protegerse, conmigo, al propio tiempo. Volvió mi padre con pasos apresurados y "ya regreso", dijo, cubriéndose con la capa de hule de los días de lluvia. Afuera rugía el huracán y el mar crecía y crecía hasta dar la sensación de una gigantesca montaña negra. Hacía rato que el aullido del barco se había extinguido ya y sólo el viento, en creciente, rugía y aullaba sobre la noche desolada. Mi madre dijo: "¡qué noche tan larga, Dios mío!", y hasta entonces me fijé, que verdaderamente, la noche se hacía eterna. De repente, el negro Joaquín gritó: "¡el barco se ha hundido, demonio!". Y mi madre, como galvanizada, se detuvo en medio de la pieza sin moverse. Transcurrieron unos minutos que se me hicieron una eternidad y la voz del negro Joaquín continuaba, abajo, escandalizando. "¡Se lo llevó el demonio!". Inesperadamente aulló una sirena. Y la voz del negro Joaquín, atormentadora, llegó a nuestros oídos: "¡los bomberos!". La sirena chilló apremiante desahaciéndome los nervios y pensé en el abuelo luchando contra las inmensas olas del mar que tratarían de aplastarlo. Pero el abuelo se salvaría. Ya mi padre lo había dicho: "otras peores habrá pasado". No obstante, no las tenía todas conmigo. Ahora el rugir del mar era impresionante, y nunca en mis años lo había visto así. La sirena aulló a lo lejos y como si no estuviera allí, más que para darnos malas noticias, el negro Joaquín sentenció: "nadie podrá salvarse". Fué entonces cuando Catalina volvió al uso de la palabra y con voz peren-

toria me acució: "vístete, vamos a la playa."

Salté de la cama bajo la luz de la veladora que continuaba chisporroteando caprichosamente. Me vestí con rapidez y en un momento estuve al lado de Catalina que con paso apurado bajaba las escaleras sin ver donde pisaba. Junto a nosotros, saliendo de la entraña de la noche, el negro Joaquín nos informó: "el barco se ha hundido". Sorprendido por el vendaval muy cerca de la costa, no era sino astillas y fragmentos de fierro. A la playa estaban llegando, arrastrados por el mar, los despojos, los heridos y los muertos. Mi padre sabría más porque andaba por allá. A Catalina le nacieron alas en los pies. En la playa todo eran gritos, imprecaciones y blasfemias. Las gentes corrían de aquí allá. Voces histéricas recomendaban atención, orden, cuidado y, no estorbar, aunque todos estorbaban allí. Mi padre, con el agua a la cintura, buscaba en medio de la oscuridad y entre las olas implacables que barrían la playa con su furor. A mis pies caían maderos, cordeles, esquirlas de metal y clavos y tornillos que arrojaba el mar. Los bomberos se multiplicaban y los pescadores, en sus frágiles barcas que con frecuencia zozobraban, recogían a los sobrevivientes o los cadáveres de los que habían abandonado ya este mundo. Catalina estaba como petrificada y, en medio de aquel barullo, era la única que permanecía sin hablar. No vió cuando la abandoné, pero algo superior a mi voluntad me arrancó de su lado. Un cuerpo, flotando sobre una ola gigantesca, había sido arrojado a la playa. Corrí a su encuentro y, aunque hacía mucho que yo no lo veía, reconocí al abuelo, su expresión cordial, su ancha mano agarrada desesperadamente a un frágil madero, su robusto pecho hundido en sí mismo y sus ojos maliciosos apagados, quizá, para siempre.

Las gentes me rodearon. Mi padre se me acercó. Catalina lo siguió y, de pronto, todo me pareció absurdo. Pero la vida continuó su curso y, Catalina y yo, no volvimos a mencionar aquella terrible noche durante la cual, el abuelo, no fué sino un personaje de una vida y vida leyenda, como las que él, durante mis primeros años, me solía relatar.